47
ajo 3
Fa E.
7906

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL NÚMERO TRES.

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID. 13
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

EL NÚMERO TRES.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elnmerotresjugue15513eche

EL NÚMERO TRES.

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA la noche del 30 de Setiembre de 1876

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Sra. D.ª Dolores Fernandez.
ANA	Soledad Morera.
CÁRLOS	Sr. D. Emilio Mario.
EVARISTO	Enrique Sanchez.
DON MANUEL	Mariano Ballesteros.
RAMON	Ricardo Zamacois.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON EMILIO MARIO

En prueba de profundo agradecimiento y amistad,

El Autor

611179

ACTO PRIMERO.

La escena representa lujoso gabinete de confianza; puertas laterales y en el fondo; balcon á la izquierda en primer término; un costurero á la derecha, mesa con recado de escribir á la izquierda, cortinas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, ANA.

Al levantarse el telon aparece Isabel sacando una madeja del costurero: Ana entra por la derecha.

ANA. ¿Qué buscas, Isabel?
ISABEL. Nada.
Ya sé que es tu costurero.
No te lo quiero usurpar:
yo la propiedad respeto.
(Isabel cierra el costurero.)
ANA. Si es mio, es tuyo.
ISABEL. Mil gracias.
¡Qué amable, hermana, te encuentro!
He sacado esta madeja.
(La deja sobre el costurero.)
Quería matar el tiempo
haciendo algo, que esperando
se hace tan largo...

ANA. No ha vuelto
todavía nuestro tio.
ISABEL. Como iba el pobre tan léjos...
¿Le habrá encontrado?
ANA. Sin duda.
ISABEL. ¿Querrá venir?
ANA. Por supuesto.
ISABEL. Es tan raro... Qué sé yo!
Con impaciencia le espero.

ESCENA II.

DICHAS, D. MANUEL, RAMON, por el fondo.

MANUEL. ¡Albricias, sobrinas!
ANA é ISABEL. (Corriendo á él.) ¡Tio!
MANUEL. Ya le hallé, gracias al cielo.
Vengo sudando. Qué dia!
Hace un calor del infierno.
RAMON. Qué ha de hacer calor!
MANUEL. Le hace.
Sesenta grados.
RAMON. (Sí, ciento.)
ISABEL. ¿Y Cárlos?
RAMON. ¿Y el señorito?
ANA. ¿Y mi primo?
MANUEL. Ya era tiempo.
Le encontré. Vaya una casa!
¡Qué escalera, qué portero,
qué portera, qué portal!
¡Si es un palomar aquello!
ISABEL. ¿Vive allí?
RAMON. Qué ha de vivir!
MANUEL. Allí vive; yo no miento.
ISABEL. ¿Pero ha visto usted á Cárlos?
RAMON. Vivir allí! No lo creo.
MANUEL. Dále, bola!
ISABEL. ¿Pero estaba?
Vamos, ¿qué ha dicho, qué ha hecho
al ver á usted?
RAMON. Si era rico.
Nada, que no lo comprendo.

ISABEL. Deja que cuente.
RAMON. Millones
debe tener. Fué heredero
universal de su tio...
¡Qué tio aquel! Ah! qué genio!
MANUEL. ¿Callarás? No estaba en casa.
Volveré despues. ¡Qué excéntrico,
qué hombre tan raro!
RAMON. No tanto.
MANUEL. Se ha quedado sin un céntimo.
ISABEL. Pues ¿cómo?
RAMON. Si era muy rico;
si heredó millon y medio
de su primo el capellan.
¡Vaya un capellan! Si eso
no es posible. ¡Vivir pobre
mi señorito! Reniego
de la suerte! Cuántas veces,
cuando él era un rapazuelo,
jugamos juntos. Ya no era
su criado, no. ¡Qué tiempos!
Era su amigo, su hermano.
¡Él pobre! Pues cuanto tengo
es suyo. Yo soy su padre;
yo no olvido, yo me acuerdo,
porque yo he nacido honrado
y tengo un alma y le quiero!
MANUEL. ¡Basta, basta!
ISABEL. Pero ¿cómo
vive en la miseria?
MANUEL. Creo
que su carácter... Locuras...
Es un hombre tan espléndido.
Siete años viajando. Viene
ahora del Celeste Imperio.
En fin, no le queda un real.
ISABEL. ¿Por qué no ha venido á vernos?
RAMON. Eso es, ¿por qué no ha venido?
Aquí todos le queremos.
¿Qué diría la señora
si viviese? Qué recuerdo!
VNA. ¡Nuestra madre!

RAMON. Pobrecilla!
Qué mujer! Era un portento.
El que la hablaba una vez
la adoraba sin remedio.
Quería á sus hijas... digo!
¿Y á mí que nada merezco,
y á Ramon? Si me llamaba
Ramoncillo y Ramonzuelo!

MANUEL. Cállate, que las afliges,
calla, hablador sempiterno.
¿Mi hermana? Si era una santa,
si era una santa del cielo.
¡Qué cabeza, qué cabeza!
¡Qué talento, qué talento!
Esta tierra es patrimonio
de los malos, y los buenos
se van pronto. Murió jóven
la desdichada por eso.

RAMON. Cállese usted, que se apuran!
Murió jóven, bien me acuerdo.
En un maldecido viaje,
sin ver á sus hijos, léjos
de aquí, y en mis brazos... Ah!
En sus instantes postreros,
¡qué cosas dijo!

MANUEL. ¿No acabas?

RAMON. ¡Qué sentencias, qué consejos!

ISABEL. Calla.

RAMON. Ya callo. Pues dijo:
Ramon: á tí te encomiendo
mis pobres hijas. Mi hermano,
aunque es hombre honrado y bueno,
nunca sirvió para nada.
¡Tenía mucho talento!

MANUEL. (¡Qué insoportable hablador!)
En sus instantes postreros
trastornada la infeliz!

ISABEL. Loco mi primo se ha vuelto.

RAMON. Vaya usted pronto á traerle.

MANUEL. Pronto, pronto. Si no es tiempo.
Apenas llegué ya quieres
que vaya. Volveré luégo.

Adios, niñas.

ANA. ¿Se va usted?

MANUEL. Voy; ya es hora. Á ver si encuentro
á Cárlos.

RAMON. (Siguiéndole.) Hasta la vuelta.

MANUEL. (Cócora!)

RAMON. (Pesado!)

MANUEL. (¡Nécio!)

(Salen por el fondo.)

ESCENA III.

ISABEL, ANA.

ISABEL. Va á darnos algun disgusto.
Vivir solo es su manía.
Yo bien me lo presumía;
no hay carácter más adusto.
Bien pocas veces jugó
cuando niño; sí, jugar.
¿Quién le podía aguantar?
¡Vaya un genio! Sólo yo
dominarle conseguí.

ANA. Cual tú sus formas condeno.

ISABEL. Sí, pero en el fondo es bueno,
¿no es verdad, no es verdad? (Con interés.)

ANA. (Con indiferencia.) Sí.

ISABEL. De verle tengo deseo.

ANA. De alguno sé yo tambien
que lo desea.

ISABEL. ¿Quién, quién?

ANA. Evaristo.

ISABEL. Ya lo creo.
¡Cuánto hace que no se han visto!

ANA. Juntos los dos se criaron
y como hermanos se amaron.
¡Tiene tal fondo Evaristo!
Por Cárlos le conocí.
Evaristo es tan amable,
tan bueno, tan agradable!
¿No es verdad, no es verdad? (Con interés.)

ISABEL. (Con indiferencia.) Sí.
(Pausa breve.)
Otra carta de mi tia
ha venido.

ANA. Ya empezamos.

ISABEL. Se ha empeñado en que vayamos
á Lóndres.

ANA. Buena manía!

ISABEL. Desde que allá se casó
no te ha visto, y lo desea
con ansiedad. Es su idea
fija. ¿No te animas?

ANA. No.
Contraria á los viajes soy.
Yo no sé lo que me pasa
cuando abandono esta casa.
¡Tan bien á tu lado estoy!

ISABEL. Ella se acuerda de tí...
Ana, vámos á faltar.

ANA. Vé tú.

ISABEL. Yo á Lóndres? Viajar?
Me encuentro mejor aquí.

ANA. Siempre viajar te gustó.

ISABEL. Perdí tales aficiones.

ANA. Vaya, tendrás tus razones.
Quién sabe si alguno...

ISABEL. No.
Por ser muy torpe mujer
ó por mi excentricidad,
aún no encontré esa mitad
que completa nuestro ser.
En revuelta confusion
y en diferentes lugares,
sólo he visto hombres vulgares
cortados por un patron.
Medianas inteligencias,
otros tontos de mil modos,
con los mismos vicios todos
y las mismas excelencias.
Iguales, sí, no lo dudes,
bajo distintos aspectos;
por supuesto los defectos

mayores que las virtudes.
Uno feo, otro tal cual,
cien con repulsivo gesto;
el ser feo, por supuesto,
es la regla general.
Aquel que mi amor merezca
y de quien acepte el nombre,
ha de ser, Anita, un hombre
que á ninguno se parezca.
Un hombre raro, al revés
de cuantos yo conocí;
en fin, yo le tengo aquí
y no sé explicar cómo es.
Mas si Dios un ejemplar
no ha formado á mi manera,
me voy á quedar soltera
sin poderlo remediar.

ANA. Yo no. Para ser mi esposo,
que es un cargo, en verdad, grave,
es preciso ser muy suave,
muy dulce, muy cariñoso.
Así me gustan á mí.
Un amable caballero
que en diciendo yo: «esto quiero,»
diga al momento: «pues sí.»
Su ídolo debo ser yo,
y al oir que con mal gesto
yo grito: «no ha de ser esto,»
él debe decir: «pues no.»
Que jamás se muestre adusto,
que nunca diga: «con todo...
pero... veremos el modo...,»
que son frases de mal gusto.
En fin, loco por mi amor
y sumiso sin pesar.
Por supuesto, yo mandar
no quiero, eso no señor.
Dulce, dulce, hermana mia,
ha de ser si he de aceptarlo.

ISABEL. Pues, hija, habrá que buscarlo
en una confitería.

ANA. ¿Te burlas? Qué caridad!

ISABEL. Vamos, con franqueza, ven.
(Cogiéndola por la cintura y llevándola hácia la derecha.)
¿No hallaste tu dulce bien?
ANA. No, Isabel.
ISABEL. Dí la verdad.
ANA. ¿Y tú?
ISABEL. Yo la verdad digo.
El cielo está despejado.
Yo todavía no he dado
el «quién vive» al enemigo.
(Salen por la derecha.)

ESCENA IV.

EVARISTO, entra precipitadamente por el fondo.

No está aquí. Yo desvarío.
Ah! mujer encantadora!
¡Hace lo ménos media hora
que no la he visto, Dios mio!
Yo me debo declarar.
¿Cuándo? Estoy desesperado!
En veinte años no he encontrado
una ocasion para hablar.
Qué cobarde indecision!
Qué maldita timidez!
Acabemos de una vez.
Hoy es la declaracion.
Si sale y me encuentra aquí
y pregunta cariñosa:
¿cómo estás? con voz melosa,
contesto: ¡loco por tí!
Guardo silencio, y si ella
al mirarme ensimismado
dice: ¿por qué tan callado?
exclamo: ¿por qué tan bella?
Si dice que al extranjero
se marcha... ¡viaje maldito!
á sus piés cayendo grito:
si tú te marchas, me muero!
Y, en fin, para conclusion,

al irse tenderá en vano
la mano... Diré: la mano
no me basta, el corazon!
Plan magnífico, excelente.
No debo retroceder.
Mia será esa mujer.
Ánimos! Soy un valiente!
Ella viene! Me pilló! (Mirando á la derecha.)
Ay! Se va á burlar de mí!
¿La hablaré? No, no... Sí, sí.
¿La escribo? Sí, sí... No, no.
¡Vierto sudor á cuartillos,
estoy como un azogado!
¡Amor, amor condenado!
¡Reniego de los chiquillos!

ESCENA V.

EVARISTO, ANA, por la derecha.

Ana finge no verle y abre y cierra el costurero.

ANA. (Está solo.)
EVAR. (Hace un instante
pensaba y ya... ¡Ser más raro!
¿Á que ya no me declaro?
Mi plan, mi plan adelante.
(Mirándola de lejos.)
Qué mujer! Qué porvenir!
Pero si ella... ¡Horrible duda!
Claro, si no me saluda,
¿cómo la voy á decir?...)
(Ana avanza resueltamente y le tiende la mano.)
ANA. Evaristo, ¿cómo estás?
EVAR. Cómo estoy? (Qué guapa es!) (Turbado.)
¿Cómo estoy? Bien; ya lo ves;
yo no estoy malo jamás.
(Ana se aleja hácia el balcon.)
(Ya solté una tontería!
Se va! Pues no se ha de ir!
¡Si ahora la debí decir
que por ella me moría!

Aún hay tiempo. ¿Para qué
tanta prisa? Va al balcon.
Ahora es la declaracion. (Con firmeza.)
Sí... ¿Por dónde empezaré? (Vacilando.)
Declararme es un ultraje.
Ella vale tanto!...)

ANA. (Quiá,
no quiere acercarse.)

EVAR. (Ah!
Hablaremos de su viaje.)

ANA. Qué buen dia debe hacer!

EVAR. (¿Á quién estará mirando?)

ANA. Qué sol tan hermoso!

EVAR. ¿Cuándo
le vas á dejar de ver?

ANA. Quién? Yo?

EVAR. Fuera de esta tierra
su luz no nos acompaña,
porque no es el sol de España
el triste sol de Inglaterra.

ANA. (Acercándose.) Muy equivocado estás.
Yo no me voy. ¿Quién te ha dicho?
Si yo no tengo capricho
por los viajes.

EVAR. ¿No te vas?

ANA. Aunque es grande la insistencia
de mi tia, no me espere.

EVAR. (Con mucha alegría.)
(No se marcha, pues me quiere.
Es clara la consecuencia,
si no se marcha es por mí.
Pronto de fijo sabré...)
Si no te vas es porque
algo te retiene aquí.

ANA. ¿Algo?

EVAR. Ten sinceridad.
Alguno... Yo bien temía.

ANA. ¿Cómo alguno? (Ahora debía
decirle yo que es verdad;
mas decirlo de tal modo
que su nombre adivinara
en mis ojos y en mi cara...

Así se acababa todo.)

EVAR. Dí.

ANA. (Confusa.) (Se ofenderá conmigo
si callo. No va á venir!
Yo se lo debo decir,
y por qué no se lo digo?)

EVAR. (Alejándose de Ana.)
(Se calla! Cruel corazon
que con desdenes me hiere.
No contesta, no me quiere,
es clara la deduccion.
No me quiere. ¿Cómo, cuándo
me lo indicó? Claro está.
Ah! por otro no se va.
En ese otro está pensando!)

ANA. (Acercándose con viveza.)
¿Qué tienes? Estás suspenso.
¿En qué piensas? Dímelo.

EVAR. ¿En qué estoy pensando yo?
¿Me preguntas en qué pienso?
(En ella! Pues está claro,
ayer y mañana y hoy.
¿Como un abogado soy
de quien se teme el descaro?
Mas si no me tiene amor...
Mas si no se lo pregunto...
Eso se conoce al punto,
no me quiere, no señor.
Pero hablando... ¡Me maldigo!)

ANA. (Yo no sé por qué no lloro.
No me quiere y yo le adoro!)

EVAR. (¡La adoro y no se lo digo!
Se marcha!)

ANA. (Soy una nécia,
nunca le he inspirado amor.)
(Recorren la escena en sentido opuesto, se encuentran en el centro y se miran un momento vacilantes.)
Á este hombre le causo horror!)
(Sale por la derecha.)

EVAR. (¡Esta mujer me desprecia!)
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

CARLOS, D. MANUEL, por el fondo; despues ANA, ISABEL, RAMON.

MANUEL. Vamos, ya estás en tu casa.
Qué cara tan séria tienes!
CARLOS. No tal, tio.
MANUEL. (Llamando.) Ana, Ramon,
Isabel, venid, ya vuelve
el gran perdido! Venid,
ya le traigo!
CARLOS. No parece
que tengan gran prisa.
MANUEL. ¿No?
¿No? Pues poco que te quieren.
RAMON. (Entrando por el fondo.)
Mi señorito! Dios mio!
Qué mozo tan guapo viene.
ISABEL. Es Cárlos! (Por la derecha.)
ANA. Querido primo! (Por la derecha.)
¿Cómo estás?
CARLOS. (Friamente.) Muy bien.
ISABEL. Sin verte
siete años, sin escribir.
Tan adusto como siempre.
CARLOS. Génio y figura... ya sabes.
MANUEL. Pero hombre, qué friamente
las recibes! Ni un abrazo.
(Cárlos las abraza con indiferencia.)
RAMON. Si es la emocion, si no puede
hablar el pobre, si está
trastornado, si es que al verme
se le han saltado las lágrimas!
Ya sabe quien bien le quiere.
Si está conmovido.
MANUEL. Quiá!
Qué ha de estar! Qué cosas tienes!
Vamos, tranquilízate;
esa emocion se comprende.
Al ver la casa...

RAMON. ¡La casa,
la casa! Al ver á la gente.
ISABEL. Pero, dí, vamos á cuentas.
Estás en Madrid dos meses
y ni preguntar te dignas
si viven aún tus parientes.
¿Esta no es ya tu familia?
¿No estás en tu casa? Es ese
desvío, indiferencia,
odio?
CARLOS. No, soy el de siempre,
pero he vuelto pobre.
MANUEL. ¡Y qué?
CARLOS. Sin un cuarto, y un pariente
pobre es una carga.
MANUEL. Hombre!
tu familia...
CARLOS. Si creyese
en la familia, en los lazos
del parentesco y...
RAMON. ¿No cree?
CARLOS. No, los salvajes se comen
á sus padres sin aceite.
RAMON. (Asombrado.)
Los salvajes! Pero acá
no somos salvajes, puede!
Los viajes le han vuelto loco.
Que en la familia no cree!
Pues yo le quiero y no soy
su hermano, y le querré siempre,
y no me lo comería,
aunque estuviera cien meses
sitiado por los carlistas! (Llorando.)
CARLOS. (Con aspereza.)
Cómo! Qué ridiculeces!
¡Llorar, llorar! Esas son
monadas de las mujeres!
Ellas lloran por costumbre,
por oficio, por deleite,
porque así están más bonitas,
y en fin, porque las conviene.
Pero un hombre... ¡qué vergüenza!

Calla! Los hombres no sienten!

RAMON. Este no es mi señorito.

ANA. Señor, es mi primo este?

ISABEL. Cárlos, vienes insufrible.

MANUEL. Sobrino, tú estás demente.
¿Qué te hemos hecho, responde,
para tratar de esa suerte
á todo el mundo? qué genio!
(Vaya un pago, es una sierpe!)

RAMON. Si le oyese la señora,
si la señora pudiese
estar aquí. Qué disgusto!
ella que le quiso siempre.
Aún me acuerdo cuando dijo...

ISABEL. Ramon, calla.

MANUEL. Calla y vete.

CARLOS. Tio, dispénseme usted, (Más amable.)
es que la contraria suerte
me ha agriado el carácter. Soy
tan infeliz! Otros vuelven
poderosos, que eran pobres;
mas yo nací tan imbécil
que fuí rico y pobre vuelvo,
derroché mis intereses,
no sé trabajar en nada,
no sirvo para escribiente.
Soy pobre.

ISABEL. Ya lo sabemos,
ya lo has dicho veinte veces.
Eres, Cárlos, nuestro primo,
y nada más saber debe
tu familia; rico ó pobre
te quiere porque te quiere.
Estas dos tus primas son,
tu casa esta, tu tio ese,
y ese Ramon, tu criado,
ese á quien rudo reprendes
y el que fué tu compañero;
pero hasta el dia en que dejes
esos aires del desierto
africanos, no, no esperes
que te digan: «buenos dias»

los que tu locura sienten.
(Sale por la derecha.)

CARLOS. (Mirándola alejarse.)
(Sí, la voz es agradable
y se expresa fácilmente.)
Anita, tú...

ANA. Á mí me gustan
los hombres amables siempre
y dulces, y tú eres ágrio,
rudo y adusto y ofendes. (Sale por la derecha.)

CARLOS. Tio...

MANUEL. Las has enfadado.
Bien sabes que á las mujeres
las gusta la adulacion.
¿Por qué tratarlas pretendes
como á quintos?

RAMON. Claro está.
Tiene razon.

MANUEL. No la tiene!
Señor, ¡es mucha manía!

RAMON. Pero si...

MANUEL. En todo te metes
para embrollar mil cuestiones
de familia, que no entiendes!
(Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

CARLOS, RAMON.

RAMON. Pero señor...

CARLOS. No hay remedio
para mi mal.

RAMON. (Asustado.) ¿Qué? Dios mio!
¿Está usted malo?

CARLOS. De hastío,
de aburrimiento, de tedio.

RAMON. El remedio fácil es.
En casándose...

CARLOS. Por Dios...

RAMON. Cuando dos se quieren...

CARLOS. Dos?

Pero ¿y el número tres?

RAMON. ¿Tres?

CARLOS. Del eden en la calma
Dios á dos seres bendijo.
«Creced y amaos,—les dijo,—
sois dos cuerpos en un alma.»
Pero el demonio despues,
de su ventura envidioso,
para turbar su reposo
inventó el número tres.
Él supo embrollar entera
la obra bendita de Dios;
por él á una quieren dos
y otra se muere soltera;
él ha inspirado á la hermosa
la infame coquetería,
y él encendió la falsía
en el seno de la esposa.
Desde entónces nos inquieta
la sombra de ese tercero,
y ni hay amor verdadero
ni felicidad completa,
ni paz en el matrimonio,
ni que bien se quieran dos,
que el dos lo ha inventado Dios
y el tres lo inventó el demonio.

RAMON. Ese es un cuento á mi ver.
Cásese usted en seguida.
No hay cosa más divertida,
don Cárlos, que una mujer.

CARLOS. Magnífica conclusion!
Ni que demente estuviera.
No hay una mujer que quiera
ni que tenga corazon.
De mármol estátua fria,
por nuestro mal cincelada,
y en la escuela aleccionada
del dolo y la hipocresía.
¿Qué es de un hombre la pasion?
Un negocio para tí.
¿Qué es un lazo santo, dí?
Una buena posicion.

Con ir al altar entiendes
que todo se purifica,
pero Dios no santifica
la union en que tú te vendes.
Ah! porque el pudor travieso
no asome á tu faz perjura,
vas cual viviente escultura
con mascarilla de yeso!

RAMON. Mas las hay que buenas son.

CARLOS. Cuando las conviene, sí.

RAMON. Pues yo bien guapas las ví.

CARLOS. Porque se pintan, Ramon.

RAMON. Pues los hombres...

CARLOS. (Con violencia.) Sus maldades
aborrezco y su cinismo.
¿Qué es el hombre, sino abismo
de instintos y liviandades?
Hay en la mujer siquiera
algo que habla al corazon,
pero en los hombres... Ramon,
no me hables más de esa fiera!

RAMON. ¿Pero en nadie cree usté?

CARLOS. No.

RAMON. ¿Ni en mí, ni en el cariño
que le guardo desde niño,
ni en su Ramon?

CARLOS. No lo sé.

RAMON. Cómo? Si eso es criminal,
si se apura mi paciencia.
No le dice la conciencia
que se porta mal, muy mal?

CARLOS. La conciencia? No, sus gritos
nunca escucho. El corazon,
el mal, la conciencia, son
fábulas, palabras, mitos.

RAMON. Mas...

CARLOS. Ramon, de veras hablo.
No creo, aunque esto te asombre,
ni en la mujer, ni en el hombre,
ni en mí, ni en Dios, ni en el diablo.

RAMON. (Con mucha animacion.)
Pues si es verdad lo que he oido,

yo pienso que los rigores
del sol y que los calores
el seso le han derretido.
Rico fué, pobre le encuentro,
ha visto negros y rojos;
mucho le entró por los ojos,
pero no trae nada dentro.
Yo le quise y le querré
y usté á mí no; poco valgo,
pero aquí dentro tengo algo
que vale y no tiene usté.
Un alma de usted distinta,
porque es preciso que sepa
que me quiere mucho Pepa
y que Pepa no se pinta.
Que no busca mi caudal,
ni yo deseo el reparto,
pues Ramon no tiene un cuarto
y Pepa no gana un real.
Que ni ella de mí sospecha,
ni yo, pues honrada es,
y que no hemos sido tres,
sino dos hasta la fecha.
Sepa que estoy decidido,
cuando se halle en un apuro,
á prestarle á usted un duro,
aunque nunca le he tenido.
Y en fin, que de veras hablo,
y que creo, aunque le asombre,
en la mujer y en el hombre
y en mí y en Dios y en el diablo
y en la lluvia y en el fuego
y en el aire y en el sol,
porque yo soy español
y á más de español gallego;
y me voy, que aunque bolonio,
que aquí estamos tres creeré,
el pobre Ramon, usté
y dentro de usté el demonio!
(Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS.

Es esta mi casa? ¿Y qué?
Esta es mi familia?... Bueno.
¿Me han tratado bien?... Mejor.
¿Me quieren?... No lo agradezco.
¿Tengo yo un alma? Quién sabe.
¿Obro mal?... No me arrepiento.
(Se pasea: pausa breve.)
Pobre Ramon! En verdad,
habla de un modo tan nuevo
para mí, que me hace gracia
con sus dichos y sus gestos.
¿Pues y mi prima Isabel?
¡Con qué rostro tan severo
me habló! Con qué dignidad
y qué sentencioso acento!
No es tonta... Pobre mujer!
Pensará que me hizo efecto
con su discurso. La voz
es dulce; sí, ya lo creo,
despues de oir hablar diez años
en ruso, en inglés y en sueco.
Una mujer como todas...
Como todas no. Qué empeño!
Es una buena muchacha.
¿Muchacha?... Cumplió en Enero...
No los cumplió... Qué me importa!
Está guapa, lo confieso.
Hombre, es extraño, hace rato
que llegué y aún no bostezo.

ESCENA III.

CÁRLOS, ISABEL, por la derecha.

ISABEL. Carlitos. (Con afabilidad.)
CARLOS. Vienes á hablarme?
Te agradezco...

ISABEL. ¿Por qué no?
CARLOS. Te juzgué enfadada.
ISABEL. ¿Yo?
No, Cárlos, ¿por qué enfadarme?
Sin irritarme te escucho.
CARLOS. Soy algo brusco, qué quieres.
ISABEL. Qué importa eso? Las mujeres
somos muy amables, mucho,
y tus modales salvajes
damos bien pronto al olvido.
CARLOS. Salvajes! (Disgustado.)
ISABEL. Se te han subido
á la cabeza los viajes.
Quieres sentar plaza pronto
de sábio, ser omnisciente,
y te va á llamar la gente...
CARLOS. ¿Qué me pueden llamar?
ISABEL. Tonto.
CARLOS. (Gritando.) ¡Tonto á mí! Si se atreviera
alguno, si!...
ISABEL. No te irrites,
habla más bajo, no grites,
en donde estás considera.
Se lanza grito tras grito
viviendo en las soledades,
pero, chico, en las ciudades
hablamos todos pianito.
Mil vecinos en tropel
nuestra morada rodean,
gentes las calles pasean,
las casas son de papel.
Si tu voz al aire envías
en furiosas vibraciones,
darás al mundo funciones
de balde todos los dias.
CARLOS. Con tus burlas me exasperas.
Quizás me haya propasado.
Perdóname, acostumbrado
á vivir entre panteras,
á hablar dominando truenos,
no me pude contener.
ISABEL. Pero, primo, una mujer

no es un tigre.

CARLOS. (Mirándola.) (Poco ménos.
No, no es fácil que me ablandes.
Sí, la boca es muy bonita
y la mano pequeñita,
pero ¡tiene uñas!... ¡y grandes!)

ISABEL. ¿Por qué me miras perplejo?
¡Qué exámen tan minucioso!
(Se acerca y se apoya en su hombro.)

CARLOS. No me toques!... Soy nervioso!

ISABEL. Vamos, hombre, ya te dejo.
Ya estás en calma completa.
Vienes hecho un Fierabrás.
Chico, pronto cambiarás,
pues como dice el poeta...

CARLOS. ¡No me digas versos!

ISABEL. ¿No?

CARLOS. Cállate! Serán perversos.

ISABEL. No tal.

CARLOS. (Con amargura.) Ay! diciendo versos
una mujer me engañó.
Su Cárlos fuí más de un dia.
Dulces, amantes, discretos,
dos docenas de sonetos
cada noche me escribía.
Soneto «á su corazon.»
Soneto «á su alma...» ¡Un portento!
«Á sus ojos...» otro y ciento!
Era su eterna aficion.
Ay! yo sólo me juzgaba,
pero por desgracia mia
ella un Pepe conocía
á quien su Pepe llamaba;
Pepe que tambien oyó
un sí de sus labios rojos;
Pepe que tenía ojos,
alma y corazon cual yo;
y á quien por la noche en calma
dulces, amantes, discretos,
tambien le hacían sonetos
á ojos, corazon y alma.

ISABEL. Vaya un lance singular.

Os engañó de buen modo.
Hizo bien despues de todo,
pues como dice el cantar...

CARLOS. No cantes! Ya estoy temblando!
La música me da horror.

ISABEL. Si es buena, ¿por qué, señor?

CARLOS. ¡Otra me engañó cantando!
Cantando la conocí
y cantando la dejé.
Por su voz me enamoré.
Contralto y llegaba al *si*.
Un *si* colosal, profundo,
pero ¡adios mis alegrías!
Le daba todos los dias
y le daba á todo el mundo!
Desde que la conocí
la música me molesta.
Charanga, piano ú orquesta
me ponen fuera de mí.
«Lucía» fué su aficion,
la cantaba noche y dia...
¡En oyendo la «Lucía»
me da á mí una convulsion!
Aquel recuerdo me abrasa,
prefiero un maullido, un grito;
y en este Madrid maldito
hay un piano en cada casa.

ISABEL. No fué mucha tu fortuna
con mi sexo.

CARLOS. Por mi cuenta
me engañaron más de treinta.

ISABEL. Aún falta la treinta y una.

CARLOS. La treinta y una? ya no.
Estoy ya desengañado.
Despues de lo que ha pasado
¿quién puede engañarme?

ISABEL. (Mirándole de reojo.) (Yo.)

CARLOS. Hácia ellas desden abrigo
y á todas doy al demonio.
Si aborrezco el matrimonio,
casarme, ¿con quién?

ISABEL. (Conmigo.)

CARLOS. Toda lucha será vana,
inútil.
ISABEL. (¡Cuánto está hablando!)
CARLOS. Yo casarme? ¿Cuándo, cuándo?
ISABEL. (Mañana por la mañana.)
Muy bien, con todas amable
y á nadie debes querer.
CARLOS. (Con tono agridulce.)
Tú, si no fueras mujer,
serías muy agradable.
ISABEL. (Acercándose y sonriendo.)
¿De veras? Lo dices tú.
CARLOS. (Hum! Cómo se va acercando!)
ISABEL. (Ya se va poniendo blando.)
(Se oye dentro un piano en el que tocan el aria de tenor del cuarto acto de «Lucía.»)
CARLOS. ¡Por vida de Belcebú!
¿Quién se atreve en casa, quién?
Música! Dios soberano!
¡Si es un piano, si es un piano!
(Recorre agitado la escena.)
ISABEL. Es mi hermana y toca bien.
CARLOS. Hará que de furia estalle!
Ah! maldita melodía!
La Lucía, la Lucía!!
Que se calle, que se calle!!
(Cae en una butaca tapándose los oidos: baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL, RAMON.

RAMON. Es verdad, el señorito
mira á sus sobrinas.
MANUEL. Quiá.
Si él de mujeres está
harto.
RAMON. Pero un buen palmito...
MANUEL. Basta: eres un visionario.
Yo cuentos no quiero oir.
RAMON. Bueno. ¿Va usted á salir?
MANUEL. Si te he dicho lo contrario.
RAMON. Hoy todo al revés lo entiendo.
¿Por qué el sombrero pedía?
MANUEL. Como he visto hermoso el dia...
RAMON. ¿Hermoso? Si está lloviendo.
MANUEL. ¿Lloviendo?
RAMON. Sí.
MANUEL. Pierdo el tino!
RAMON. Cae agua. Qué chaparron!
MANUEL. Qué ha de ser agua, Ramon!
RAMON. ¿No es agua? Pues será vino.
(Sale por el fondo D. Manuel.)

ESCENA II.

RAMON, con cómico dolor.

¿Qué te sucede, Ramon?
Ánsias de llorar te vienen.
¿Será verdad que no tienen
las mujeres corazon?
¡Se va Pepa, me ha olvidado,
me deja! ¡Quién lo creyera!
¡Ser tan buena cocinera
y hacer tal desaguisado!
Pero la culpa fué mia,
pues unir quise en la córte
al Mediodía y al Norte,
Galicia y Andalucía.
Ah! los gallegos quizás
avariciosos seremos...
Por eso amor que cogemos
ya no le soltamos más.
Sí, Sevilla por desgracia
cria sal, más por mi nombre
que esto de engañar á un hombre
pienso que no tiene gracia.
Pero ese rival, ¿quién es?
¿Dónde se esconde el maldito?
Bien decía el señorito:
¡ese es mi número tres!
Ya no creo yo tampoco,
don Cárlos, y odio la vida,
por tí, Pepa maldecida,
por tí que me vuelves loco
y el alma me desmenuzas...
Ya no creemos los dos!
Es decir, yo creo en Dios,
pero no en las andaluzas.

ESCENA III.

RAMON, CÁRLOS, por la derecha.

CARLOS. Ramon

RAMON. Don Cárlos.
CARLOS. Ramon,
¿dónde está Isabel?
RAMON. No sé.
CARLOS. Hoy no la has visto?
RAMON. No á fe.
Estará en su habitacion
quizás. (Se quedó suspenso.)
CARLOS. ¿Ha preguntado por mí?
RAMON. ¿Qué si ha preguntado?...
CARLOS. Sí.
RAMON. Por usted? No, ni por pienso.
CARLOS. Hombre, por qué no?... quizá...
RAMON. Á mí ni ella, ni su hermana...
Las mujeres de mañana
de nadie se acuerdan.
CARLOS. Bah.
RAMON. Este es un proverbio viejo.
Hasta las doce... es corriente...
no tienen otro pariente
ni otro amigo que el espejo.
Yo en la experiencia me fundo,
pero ¿á usted le importa?
CARLOS. ¿Á mí
darme cuidado? Sí, sí.
Ni eso, ni nada en el mundo.
(Pausa: Cárlos se pasea.)
Ramon.
RAMON. Don Cárlos.
CARLOS. Ramon.
¿Sabes tú que es guapa?
RAMON. Quién?
Pepa?
CARLOS. Mi prima, hombre. Ven,
contesta. ¿Tengo razon?
Tiene una cara distinta
de todas, y un no sé qué...
¿No es guapa?
RAMON. (Con malicia.) Yo diré á usté.
Es guapa porque se pinta.
CARLOS. Pero, hombre, quién te ha engañado?
Si es blanca.

RAMON. Claro, blanquete.
CARLOS. Pues y el color?
RAMON. Colorete.
CARLOS. ¿Y el pelo rubio?
RAMON. Empolvado.
CARLOS. ¿Y el cuerpo?
RAMON. Hierro y cartones
hacen bonita cintura.
CARLOS. ¿Y la gallarda estatura?
RAMON. Milagros de los tacones.
Si eso todas.
CARLOS. Todas no.
Hay excepciones.
RAMON. Bien, sí.
Pues no me gustan.
CARLOS. Ni á mí.
RAMON. Yo las aborrezco.
CARLOS. Y yo.
(Cárlos mira repetidas veces á la derecha.)
(No viene. ¿Dónde estará?)
Se rie de una manera!...
RAMON. Como todas, bueno fuera.
Abriendo la boca... já!
Se rien, la cosa es clara,
cuando logran sus antojos.
CARLOS. Me mira con unos ojos!...
RAMON. Con los que tiene en la cara.
CARLOS. Ramon, ¡qué corazon tiene!
RAMON. No hay una con corazon.
CARLOS. Hombre...
RAMON. Las mujeres son
buenas porque las conviene.
Causa son de nuestros males;
quieren vivir en el ocio;
nuestro amor es su negocio;
«tanto tienes, tanto vales.»
Triste suerte nos espera
con ese sexo fatal.
Usted y yo sin un real
no hallaremos quien nos quiera.
Nos pondrán la cara adusta.
CARLOS. Ramon, no tanto. Pues yo (Disgustado.)

creo... No sé por qué no...
Soy acaso... Pues me gusta...

RAMON. El ser bueno no es bastante.
No les tiene cuenta, pues,
un pobre. Si el pobre es
un ser insignificante...

CARLOS. Bien... pero...

RAMON. Necio, bolonio.

CARLOS. Claro... mas...

RAMON. ¿Quién le ha de amar?

CARLOS. (Con despecho.)
Yo no me quiero casar;
no creo en el matrimonio,
ni en sus placeres.

RAMON. Ni yo.
Aunque talento le sobre,
en el mundo siendo pobre.
¡La vida y el mundo!

CARLOS. Oh!
Basta, calla, vete fuera.

RAMON. El mundo es un lodazal,
la mujer es un chacal,
el hombre es una pantera.

CARLOS. Vete! (Irritado.)

RAMON. Nadie feliz es.
Cuando uno feliz se mira
de la manta el diablo tira
y asoma el número tres.
Ni usted cree ni yo tampoco,
ni usted vale, ni yo valgo.

CARLOS. Creo que te rompo algo
si no te vas.

RAMON. (Yo estoy loco!) (Sale por el fondo.

ESCENA IV.

CÁRLOS, ISABEL.

CARLOS. Qué bien dice! La fortuna
mi vida llenó de males.
Ni yo valgo, ni tú vales.
¿Y qué? ¿Quiero yo á ninguna?

Isabel! (Al verla entrar por la derecha.)

ISABEL. (Aquí estoy ya.
Fingiré gran desconsuelo.)
(Mira al suelo y finge abatimiento.)

CARLOS. (Hombre, cuando baja al suelo
los ojos qué guapa está!)

ISABEL. (Que ahogue mi pena infinita
un sollozo en mi garganta.)
(Levanta los ojos al cielo.)

CARLOS. (Cuando al cielo los levanta
está mucho más bonita!)

ISABEL. (Suspiraremos.) Dios mio!

CARLOS. ¿Qué tienes?

ISABEL. Ah! estás ahí.

CARLOS. ¿Suspirabas?

ISABEL. Creo que sí.

CARLOS. ¿De qué suspiras?

ISABEL. De hastío.

CARLOS. Sí, nos hastiamos los dos.

ISABEL. Estoy mala. En esta casa
nadie me oye.

CARLOS. (Cogiéndola una mano.) ¿Qué te pasa?

ISABEL. Ay! no me toques, por Dios!
Harás que mi mal se agrave.
Estoy tan nerviosa... Quita!

CARLOS. (Diablo! Esta áspera primita
¡qué mano tiene tan suave!)

ISABEL. Ayes de dolor exhalo,
y estoy tan inquieta...

CARLOS. Mimo.

ISABEL. Enferma me siento, primo,
enferma del alma.

CARLOS. (Malo!)

ISABEL. Nadie mi pena entendió;
pero tú, vamos á ver,
¿por qué no la has de saber?

CARLOS. Eso es lo que digo yo.

ISABEL. Tú eres un pariente.

CARLOS. Sí.

ISABEL. Y aunque en verdad un pariente
es un ser indiferente...

CARLOS. Yo no lo soy para tí.

ISABEL. No, tú tambien.
CARLOS. ¿Sí? Lo siento.
ISABEL. Pero cien de duelo llenas
al aire cuentan sus penas;
pues bien, yo á tí te las cuento.
¿La comparacion te enfada?
CARLOS. No, no.
ISABEL. ¿Ser mi consejero
quieres?
CARLOS. Pues vaya si quiero.
Habla.
ISABEL. ¡Estoy enamorada!
CARLOS. (Asustado.)
Ay, Dios mio! Ay, prima mia!
(Francamente, esto me altera.)
¿Amar tú? Más te valiera
tener una pulmonía.
ISABEL. Tan natural amar es...
CARLOS. Oh. sí! la excepcion no eres.
Quieren todas las mujeres
cuarenta dias al mes.
Muchas furiosas he visto
por amor. ¿Y saber puedo
quién es?...
ISABEL. Oye.
CARLOS. Dime.
ISABEL. Quedo.
¡Es Evaristo!
CARLOS. ¡Evaristo!
ISABEL. Él es, él!
CARLOS. No me le nombres!
Lo he escuchado y no lo creo.
Pero prima, ¡si es muy feo!
ISABEL. Bien: lo sois todos los hombres.
Á hombres, mozos y chiquillos,
Dios hermosura no envía.
CARLOS. (Arreglándose la corbata.)
Ay! te engañas, prima mia,
que los hay regularcillos!
Pero él! Si vale por dos
su nariz... tan larga y lacia.
ISABEL. Ay! si vieras cuánta gracia

me hace su nariz! (Con entusiasmo.)

CARLOS Por Dios!
Vamos, que no te conviene.
Jesús, qué aficion tan rara!

ISABEL. Y ese hombre no se declara.
Desesperada me tiene.
Con su silencio me abraso.

CARLOS. (Entre sabios le coloco.)
Conque él...

ISABEL. Se ha insinuado un poco,
pero no damos un paso.
Desde niño viene aquí
y calla no sé por qué;
mas yo confesar le haré
lo que siente.

CARLOS. Quién, tú?

ISABEL. (Con mucha expresion.) Sí.
Contra esos tímidos seres
llenos de dudas que amamos,
ay, Cárlos, armas guardamos
invencibles las mujeres.
Vendrá pronto... aquí le espero...
y al recibirle turbada,
le lanzaré una mirada
de esas que dicen: ¡te quiero!
Su mano al darme cumplido,
con una expresion ligera
yo sabré decirle: espera!...
gracias por haber venido!
Si aún vacila, yo sabré,
si él á tanto me precisa,
decir con una sonrisa:
vamos, hombre, atrévete!
Y si aún calla, veré modos
de que halle la voz perdida
con una frase atrevida,
en la que tropiezan todos:
¿Qué te pasa, amigo mio?
¿Por qué siempre tan callado?
¿Es que estás enamorado?
Perdóname si me rio.
Quién es? Se puede saber?

Soy tu amiga: ya te escucho.
Vamos, si tú vales mucho
y te ha de corresponder.
Háblala, ¡qué cobardía!
Yo he de influir... Si ella te ama...
Y él por fin: ¡eres tú! exclama,
¡Isabel, Isabel mia!
Loco á mis plantas le veo!
La alegría en mí no cabe!

CARLOS. (¡Qué coqueta! Lo que sabe!
Qué gran leccion de trasteo!)

ISABEL. Y entónces...

CARLOS. Calla! ¿Qué vas
á hacer? Calla por favor.
¿Y tu dignidad, tu honor,
y tu?... No faltaba más!
Hasta él se disgustaría
de oirte. No te propases.
Si de ese modo me hablases
me marchaba y no volvía.

ISABEL. Mas si no sabe, ¡ay de mí!
quizás con otra el cruel...

CARLOS. Toma, mejor para él;
digo, mejor para tí.

ISABEL. ¿Qué hacer? Estoy en un potro.
Loca su callar me tiene.

CARLOS. Nada, ese no te conviene;
es preciso buscar otro.

ISABEL. Si le quiero.

CARLOS. Que no digo.
Ya le podrás olvidar.

ISABEL. Jamás! Le he de hacer hablar
y se ha de casar conmigo.
(Sale por la derecha.)

ESCENA V.

CÁRLOS.

Me he de casar... Le idolatro...
¿Á qué quiere contraer
matrimonio una mujer

que ya cumplió veinticuatro?
¡Vaya un frenético amor!
Por supuesto, yo me apuro
por él, mas salvarle juro.
Pobre muchacho! Qué horror!
Pero ¿á qué inquietarme? Bah!
Á él le gustan otras cien.
Si calla es porque tambien
cual yo las conoce ya.

ESCENA VI.

CÁRLOS, EVARISTO.

CARLOS. (Él es. Con maña veamos...)
EVAR. (Este amor loco me tiene.
De hoy no pasa.)
(Evaristo entra muy cabizbajo por el fondo.)
CARLOS. (Pues no viene
pensativo que digamos.)
EVAR. (Si no quiere ser mi esposa
aquí me verá espirar.)
CARLOS. (Examinándole.)
(Pero ¡Dios mio! jurar
que esa nariz es graciosa!)
EVAR. Ah! Cárlos!
CARLOS. Tú por aquí.
EVAR. Ya lo ves! (Dándole la mano.)
CARLOS. Mas ¿qué te pasa?
¿Qué sientes? Tu mano abrasa!
¿Tienes calentura?
EVAR. Sí.
Ayes de dolor exhalo
porque he perdido la calma.
CARLOS. ¿Dónde te duele?
EVAR. En el alma!
CARLOS. ¿En el alma? (¡Malo, malo!)
No pretendas ocultarme.
Debes ser franco conmigo.
EVAR. Es verdad, eres mi amigo
y puedes aconsejarme.
Del alma en el fondo yo

llevo un secreto guardado.

CARLOS. Habla.

EVAR. ¡Estoy enamorado!

CARLOS. (Ahora sí que me partió!)
No es grave lo que te pasa;
no es enfermedad mortal
el amor. (Ay! este mal
va á hacer estragos en casa.)
¿Por eso fuera de tí
estás?... Ya entiendo, suspiras
porque muy léjos la miras.

EVAR. No, Cárlos, no. Si está aquí.
Por eso el alma batalla
al mirarla, y no saber
si me quiere esa mujer.
Si es tu prima...

CARLOS. (Tapándole la boca.) ¡Calla, calla!

EVAR. Ella interés me mostró,
pero á veces fria está.
¿Piensas tú que me querrá?

CARLOS. Hombre, yo creo que no.

EVAR. ¿Qué debo hacer? Te suplico
que me digas...

CARLOS. (Con calor.) Véte léjos.
Huye, escucha mis consejos,
véte, no te pierdas, chico!
Comprendo que bien la quieres;
más la podrás olvidar.
Ay! si te llega á enganchar!
¿Sabes lo que son mujeres?
Rien bien, seamos justos;
más, segun cuenta precisa,
nos cuesta cada sonrisa
dos docenas de disgustos.
Procura ahogar tus gemidos
y parte sin vacilar,
y si ella te viene á hablar
tápate tú los oidos.
Fuerza es, te lo juro yo,
no mirar su cara bella,
y si se declara ella
la debes decir que no.

Es peligrosa su charla,
y tú lleno de pasiones...

EVAR. (Distraido.) En vista de tus razones,
¿qué hacer? Me decido á hablarla.

CARLOS. Hombre!

EVAR. Mas si al verla aquí
no puedo. Si su presencia
me impone.

CARLOS. Es la Providencia,
que quiere velar por tí.

EVAR. Fuerza es salir de este abismo,
que ya mi tortura es harta.
voy á escribir una carta
y se la entrego ahora mismo.

CARLOS. ¿Escribir? Vaya un amor
el tuyo tan singular;
pero hombre, pudiendo hablar
es ridículo, señor.
Siempre el ridículo evita.
¿Qué vas á hacer? Escribir
una epístola y decir:
allá va eso, señorita.
Es necesario estar loco.
Ántes hablar digo yo.
Por supuesto, hablarla no,
pero escribirla tampoco.
Se burlará esa mujer
al ver tu excentricidad.

EVAR. (Distraido.) Tienes razon, es verdad.
Voy á escribirla. Qué hacer?

CARLOS. (Va á escribir! Este maldito,
ni oye ya, ni ve, ni entiende!)
(Evaristo se sienta á la mesa.)
Muy bien, el papel extiende.
Por vida del papelito!)

EVAR. ¿Cómo empezar? Estoy loco!
Mi cabeza está perdida!

CARLOS. Déjalo.

EVAR. «Amiga querida.»

CARLOS. Hombre, por Dios, eso es poco.

EVAR. Yo no estoy en esto ducho
y es empresa delicada.

Pondré, «amiga idolatrada.»

CARLOS. Hombre, por Dios, eso es mucho.

EVAR. (Escribiendo.) No. «Desde la vez primera
»en que ví con embeleso
tu faz hermosa...»

CARLOS. Bien, eso
lo dice cualquier hortera.

EVAR. (Escribiendo.) «Ese rostro encantador
»y divino que en el suelo...»

CARLOS. (Adios! ahora sale el cielo!)

EVAR. «Es el cielo de mi amor.
»De mi amor, que es en el mundo
»por lo grande á no dudar...»

CARLOS. (Adios! ahora sale el mar!)

EVAR. »Otro mar por lo profundo.
»La luz en tus ojos arde,
»niña celestial y bella...»

CARLOS. (¡Ahora descuelga una estrella!)

EVAR. »Cual estrella de la tarde.»

CARLOS. En amor has merecido
de doctor birrete y borla.
Compra ahora papel con orla.

EVAR. «Evaristo.» (Firmando.)

CARLOS. Te has lucido.

EVAR. Bah, no está mal. Se acabó.
Ahora más tranquilo estoy.
En viniendo se la doy.

CARLOS. (No será viviendo yo.)

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL, ANA, por la derecha.

ISABEL. (Los dos.)

EVAR. (Bajo á Cárlos.) (Qué modo de andar!
Qué sonrisa tan graciosa!
No es verdad que es muy hermosa?

CARLOS. No tanto, no, regular.)

ISABEL. (Con mucha animacion.)
Evaristo, buenos dias.

ANA. (Con mucha expresion.)
Buenos dias, Evaristo.

ISABEL. Desde ayer no te hemos visto.
ANA. Pensé que ya no venías.
ISABEL. ¿Qué tiempo hace, amigo mio?
ANA. Está el tiempo ya mejor?
ISABEL. Me han dicho que hace calor.
ANA. Me aseguran que hace frio.
ISABEL. Qué callado! Acércate.
ANA. Acércate. Qué callado!
ISABEL. Ven y siéntate á mi lado.
ANA. A mi lado siéntate.
ISABEL. Aquí tu silla coloco.
ANA. Toma esta silla, Evaristo.
CARLOS. (Interponiéndose.)
Pero, hijas mias, por Cristo!
que le vais á volver loco!
(Sigue callado. ¡Oh! ventura!
Esto principia á alegrarme!)
ISABEL. (Bajo.) (Cárlos, yo voy á insinuarme.
CARLOS. No, mujer, no, qué locura!)
ANA. (Sentándose lejos.)
(Su cara impasible y fría.
De mí sus ojos aparta.)
EVAR. (Bajo.) (Cárlos, yo la doy la carta.
CARLOS. No, hombre, no. Qué tontería!)
(Yo en medio siempre. Estorbando,
y suceda lo que quiera.
Me coloco en la frontera
y no pasa el contrabando.)
ISABEL. Evaristo.
CARLOS. (Le llamó.
Me van á dar un disgusto.)
(Isabel coge la madeja que dejó sobre el costurero.)
ISABEL. Hombre, no seas adusto.
Siéntate aquí.
CARLOS. (Le enganchó.)
ANA. (Ya nada debo esperar.
Siempre alejado de mí.)
ISABEL. Ten esta madeja, así,
yo la voy á devanar.
(Se sientan: Evaristo tiene la madeja; Isabel devana.)
CARLOS. (Infeliz! Qué gran papel!

Ya las cadenas le echó.
Por supuesto que esto yo
lo hago tan sólo por él.)

EVAR. Soy tan torpe...

ISABEL. No lo creas.
Con el tiempo... Ya verás.
Acércate un poco más.

CARLOS. (Bajo y cogiendo la silla para que no se acerque.)
Ay! chico, que te mareas!

EVAR. No pude en verdad hallar
lugar para mí más grato.

ISABEL. Para pasar este rato
un cuento te he de contar.

EVAR. Habla.

CARLOS. (Va haciendo progresos.)
Poco adelanta el ovillo.

EVAR. Venga el cuento.

CARLOS. (Pobrecillo!
Le va á devanar los sesos!)

ISABEL. Leccion de mozos y ancianos,
dice una antigua conseja,
que es la vida una madeja
cual la que miro en tus manos.
Ser nuestra existencia miro
débil y frágil, cual hebra
que entre los dedos se quiebra
tan sólo con un suspiro.
Cual esa contemplo yo
que rápida se desliza,
y en fin, cual esa agoniza
cuando apenas principió.
La Muerte, cual tú á mi lado
entre sus dedos la tiene,
pues todo nacido viene
aquí á morir condenado.
Y con sus manos traidoras,
que en rapidez nadie gana,
devana que te devana
el Tiempo pasa sus horas.
Suele en calma deslizarse
la vida así poco á poco,
pero el Amor niño y loco

corre en medio á colocarse;
y con tormentos y duelos
turbando la vital rueda,
toda la madeja enreda
con los nudos de los celos;
nudos tales, que tranquilos
vivir ya no es hacedero,
que entre el amor y un tercero
embrollan todos los hilos;
nudos, cuya consistencia
tan íntima llega á ser,
que á veces hay que romper
el hilo de la existencia.
Ah! feliz aquel mortal
que sin amores ni celos
goza la paz de los cielos
en el suelo terrenal;
y noche y tarde y mañana
que corra su tiempo deja,
sin nudos en su madeja,
devana que te devana.

EVAR. Muy bonito.

CARLOS. Claro está.
(Si tiene mucho talento.
Yo estoy nervioso, violento.)

ISABEL. Ay, un nudo!

CARLOS. (Malo va!)

ANA. (Para otra sus frases son.
De espaldas y tan tranquilo...)

CARLOS. (Es fuerza cortar el hilo
de tanta conversacion.)
(Cárlos pasa entre los dos y rompe el hilo.)

ISABEL. Qué torpe! Pues no ha pasado!...
Si ha roto...

CARLOS. Perdóname!
(Quitando la madeja á Evaristo.)
Dame: yo continuaré.
Ya debes estar cansado.
(Ocupa el lugar de Evaristo y tiene la madeja.)
(De su lado le desvío.)

ISABEL. Vaya un hombre tan formal!
(Este excéptico está mal.)

EVAR. (Bajo á Cárlos.) (Mil gracias, amigo mio.
CÁRLOS. Gracias?
EVAR. (Bajo.) Sí, gracias te doy.
CARLOS. ¿Y por qué las gracias son?
EVAR. Me has buscado una ocasion.
Ahora á aprovecharla voy.
La carta voy á dejar
en el costurero.
CARLOS. (Asustado.) ¡Qué!)
ISABEL. Por Dios, hombre, siéntate.
ANA. (Por fin! Se querrá acercar?)
EVAR. (Bajo.) (Tú entretienes á las dos.)
CARLOS. (Levantándose y volviéndose.)
(¡Lo va á hacer el majadero!
¡Pues no ha abierto el costurero!)
ISABEL. Estáte quieto, por Dios!
(Evaristo abre el costurero y deja la carta.)
CARLOS. (Agitándose en todos sentidos.)
(¡La deja, la deja, sí!)
ISABEL. No te muevas de ese modo,
Cárlos, que se enreda todo!
CARLOS. (Se levanta y tira la madeja.)
Yo no puedo estar aquí.
ISABEL. Ven á pedirme otro dia
por favor...
CARLOS. Bien: déjame.
EVAR. (Acercándose á Ana.)
¿Por qué tan seria?
ANA. (Con despecho.) No sé.
EVAR. (Siempre reservada y fria!)
CARLOS. (Mirando á todas partes.)
(¿Qué hacer, qué hacer? Ese bobo
se ha distraido un momento.
Pues señor, mucho lo siento.
Voy á cometer un robo.
Prudencia... Nadie me ve...
De espaldas mi prima está.
Abramos... Eccola quá...
Me he salvado... La robé...
(Cárlos coge la carta, se la guarda y deja abierto el costurero.)
Ay! Separados por fin.

Esto se llama andar listo.)

ISABEL. Ven, dame el brazo, Evaristo.
Bajaremos al jardin.

CARLOS. (Mirando á Isabel y Evaristo, que se van del brazo.)
(Otra desventura nueva.
Perdido está sin remedio.
Es un verdadero asedio.
¡Se lo lleva, se lo lleva!) (Salen por el fondo.)

ESCENA VIII.

ANA, CÁRLOS.

CARLOS. (Pobre! No se escapa, no. (Desde la puerta.)
Ella le irá dando alas...
Si son más malas, más malas!
¡Qué bien las conozco yo! (Volviendo.)
Qué escándalo! En breve plazo
he visto cuanto hay que ver.
¡Un hombre y una mujer
que se van juntos del brazo!
He luchado y no vencí,
pues me quitaron de en medio.)
Habrá boda, no hay remedio,
habrá boda.

ANA. Boda?

CARLOS. Sí.

ANA. ¿Habrá boda? Cómo, cuándo?

CARLOS. Es un asunto perdido.
Pero ¿no lo has conocido?
Pues hija, ¡en que estás pensando!

ANA. (Inquieta.) Acaba. (Duda cruel!)

CARLOS. Es la maldita tan bella!

ANA. Se casan, ¿quién?

CARLOS. Él con ella,
es claro, y ella con él.
Por más que ignorarlo quiero
estoy de todo al corriente.
Me han hecho su confidente
de cámara y consejero.

ANA. Mas ¿de quién estás hablando?

CARLOS. Yo de mi empresa desisto.
ANA. ¿Quién?
CARLOS. Tu hermana y Evaristo.
ANA. Él! Dios mio! (Llora.)
CARLOS. ¿Tú llorando?
Anita! ¿qué tienes?
ANA. Nada.
CARLOS. Habla, por Dios, prima mia.
¿Qué tienes?
ANA. Yo le quería!
CARLOS. ¿Tú le quieres? Desdichada!
Tu dolor es bien profundo,
y siempre el culpable es
el bribon número tres
que tiene revuelto al mundo.
ANA. Mi propia hermana, ¡esto más!
es quien me roba su amor!
Voy á morir de dolor.
CARLOS. No, hija, no te morirás.
Estarás triste unos dias;
no tendrás de comer ganas;
pasarás cuatro semanas
llena de melancolías,
y tras mucho haber llorado
y prometer suicidarte,
cualquier dia al despertarte
notarás que te has curado.
Yo del dolor, por más de una,
del cáliz bebí las heces,
juré matarme mil veces
y no me maté ninguna.
Suspirar te curará,
es el remedio mejor.
Suspira, que aire es amor
y con el aire se va.
Y si es grande tu querer
véte muy léjos, muy léjos.
ANA. Tienes razon, tus consejos
son buenos.
CARLOS. No lo han de ser.
ANA. Ahogaré la pena mia,
y me alejaré de aquí

mañana.

CARLOS. ¿Tan pronto?

ANA. Sí.
Á Inglaterra con mi tia.
Estar aquí es un peligro.
Mi espíritu desfallece
al pensar...

CARLOS (Sí. Me parece
que si esto sigue, yo emigro.)
Pero ¿de fijo te vas?

ANA. Voy á hablar ahora á mi tio.
Dichoso tú, primo mio,
que no has querido jamás.
(Sale por la derecha.)

ESCENA IX.

CÁRLOS.

Sí, querer. No me harán mella.
Las profeso odio mortal
á todas en general
y más que á todas á ella.
Y ese hombre es tan adoquin
que de fijo la hace caso.
Infeliz! Yo no lo paso,
no, corramos al jardin.
Quiero verla... Digo! verle.
Quiero hablarla... Digo! hablarle.
En fin, yo debo salvarle,
que esa mujer va á perderle!

ESCENA X.

CÁRLOS, RAMON, por el fondo.

CARLOS. ¿Y mi prima, Ramon?

RAMON. ¿Cuál?

CARLOS. Isabel. ¿Qué hace? No viene?

RAMON. Su prima? Si usted no tiene
prima ninguna.

CARLOS. Animal!

RAMON. No hay familia. Yo lo oí
de usted. Enseñan los viajes.
Á sus padres los salvajes
se comen...

CARLOS. Véte de aquí!
(Sale por la derecha.)

ESCENA XI.

CÁRLOS, ISABEL, EVARISTO.

CARLOS. Es verdad, tiene razon.
Ya vuelven. ¡Alerta, alerta!
Yo me escondo en esta puerta
y oigo la conversacion.
(Cárlos se oculta detrás de las cortinas de una de las puertas de la derecha: entran por el fondo Isabel y Evaristo.)

ISABEL. Gran paseo!

CARLOS. (Calma, calma.)

ISABEL. Dar otro mejor no espero.

CARLOS. (En diciéndola: te quiero,
yo salgo y le rompo el alma.)

ISABEL. (Tras la cortina le ví.)
¿Por qué callas? Quién pensára!
¿Te inspiro miedo?

EVAR. Tu cara
siempre me sorprende.

ISABEL. Ah! sí.
No te acostumbras á ella,
porque varía bastante
á menudo. Cada instante
más horrible.

EVAR. No, más bella.

ISABEL. Hacer caso yo no debo
de tus galantes primores.

EVAR. (Á ésta discursos y flores
y con la otra no me atrevo.)

ISABEL. Pero, hombre, ¡cuánto has cambiado!
No eres el mismo que fuiste.
Siempre tan grave, tan triste,
tan formal, tan reservado.

CARLOS. (Adios! ya empieza el trasteo!)
ISABEL. Qué negras melancolías
así oscurecen tus dias!
Tal vez oculto deseo...
¿Qué te pasa? Yo no acierto.
Pero, calla. Ese semblante
tan triste... Ponte delante.
Ya todo lo he descubierto.
Ese rostro contristado
la verdad me reveló.
¿Tienes apetito?... No.
Adios! Está enamorado!
Grave mal y yo me rio.
CARLOS. (Coqueta! Qué habilidad!)
ISABEL. ¿Tú amas?
EVAR. Ah! no, no es verdad,
yo adoro!
CARLOS. (Adora, Dios mio!)
EVAR. Sí, Isabel, mi alma rendida,
insensata, ciega, adora
á una mujer seductora
que es mi vida!
CARLOS. (¡Que es su vida!)
ISABEL. ¿Amar tú? ¡Cosa más rara!
EVAR. ¿No adivinaste quizá?...
Á qué negártelo ya!
CARLOS. (¡Se declara, se declara!)
ISABEL. (Qué es esto!) Prosigue, dí.
Pero no, calla; un secreto
me inspira siempre respeto.
Ah! será digna de tí.
Mas quién sabe... y yo te escucho
creyendo... Piensas amar
y despues podrá durar
tu amor un mes, y eso es mucho.
Llama de pronto encendida
se apaga al soplo menor,
y tu amor...
EVAR. (Con fuego.) Es que es mi amor
amor de toda mi vida!
Es ese que el alma siente
nacer en la edad primera

con la sonrisa hechicera
de la alegre adolescente.
Ese que llega á crecer
poderoso, irresistible
con la mirada invencible,
candente de la mujer.
Amor que al hacernos padre
recibe nuevo rigor
con el ¡ay! desgarrador
de la destrozada madre.
Amor tan grande y profundo,
que ni extinguirse le miro
con el último suspiro
de la que deja este mundo!

ISABEL. ¡Qué poesía, qué fragancia!
Te escucho con embeleso.

CARLOS. (Yo rabiando!)

ISABEL. ¿Segun eso
es un amor de la infancia?
Á importunarte me obligas,
me incitas. Quiero saber
quién es. Debo conocer
á tus antiguas amigas.
Contesta. ¿Estás mudo? Dí.
Averiguarlo podría
fácilmente. (Quién creería!)
Vamos, ¿la conozco?

EVAR. Sí.

ISABEL. ¿Y te ama?

EVAR. No la merezco.

ISABEL. Pero ¿no la has dicho...

EVAR. No.

ISABEL. Háblala. La hablaré yo
en tu favor. Yo me ofrezco.

CARLOS. (Gran papel!)

ISABEL. Á ello me obliga
verte así.

EVAR. Si no me escucha!

ISABEL. Tengo yo influencia?

EVAR. Mucha.

ISABEL. Es mi amiga?

EVAR. Más que amiga.

ISABEL. No adivino... Yo estoy ciega...
Pero en acertar confío...
(Quién lo pensára! Él!)
CARLOS. (Dios mio!
Llega el momento, ya llega!)
ISABEL. Vamos, dí, su nombre dí.
Empieza con e?
EVAR. Vas mal.
ISABEL. Entónces es o.
EVAR. No tal.
CARLOS. (Claro, no es o, porque es i!)
ISABEL. (Me ha puesto en cuidado. Oh!
Vaya un lance entre los tres.)
Vamos, dí, ¿quién es, quién es?
CARLOS. (Saliendo é interponiéndose entre los dos.)
¡Soy yo, señores, soy yo!

ESCENA XII.

ISABEL, EVARISTO, CÁRLOS.

ISABEL. ¿Qué quieres? Serás salvaje!
CARLOS. (Aturdido.)
Tu hermana te quiere hablar.
ISABEL. Ahora?
CARLOS. Te va á consultar
sobre un vestido de viaje.
EVAR. De viaje!
CARLOS. Deja esta tierra.
(Ay! qué decir no sabía.)
Se marcha á ver á su tia.
Se va á Inglaterra.
EVAR. (Con dolor.) Á Inglaterra!
CARLOS. ¿Qué te pasa?
EVAR. (Bruscamente.) ¡Quita, aparta!
CARLOS. ¿Qué es eso?
EVAR. (Que contempla abierto el costurero.)
(Ya nada espero!
Abierto está el costurero...
¡Es la respuesta á mi carta!)
Adios!
CARLOS. Hombre, dónde vas?

ISABEL. (Bajo á Cárlos.)
(Detenle, detenle aquí.)
CARLOS. Vete ya.
EVAR. (Me marcho, sí,
para no volver jamás!)

ESCENA XIII.

ISABEL, CARLOS.

ISABEL. (Es por mí. Se ha declarado.
Cada vez mi asombro crece
más y más.)
CARLOS. Bien: me parece
que con calma lo has tomado.
ISABEL. Con calma! Si de placer
á hablar no acierta mi boca.
Tener calma! Yo estoy loca;
le quiero; suya he de ser!
(Sale por la derecha.)

ESCENA XIV.

CÁRLOS, despues RAMON.

CARLOS. Le quiere, de amor delira,
suya será... ¿Por qué siento
que me agobia un sentimiento
de odio, de amargura, de ira?
¿Por qué casi casi lloro?
Le ama... Qué me importa á mí!
Pero ¿qué me importa?... Sí,
me importa... ¡Si es que la adoro!
Yo no creía, y me pierdo
de amor en el mar profundo... .
Hoy creo que en este mundo
no hay ninguno que esté cuerdo.
Ana ama al otro, él amor
no la tiene, y yo, ¡Dios mio!
quiero á ésta... y ésta... ¡Qué lío
es este mundo, señor!
(Limpiándose una lágrima.)

Cómo! Sí, lágrima eres!
Lágrimas yo!... Qué borron!
(Entra Ramon y se detiene sorprendido.)

RAMON. Já, já! Llorando! Esas son
monadas de las mujeres! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

Es decir, que no me quiere.
¿Por qué no me quiere, á ver?
¿Y por qué la quiero yo?
¿Y por qué le quiere á él?
¿Y él por qué de Ana se olvida
y á Isabel ama? ¿Y por qué
hemos venido á este mundo
locos, ciegos, á correr
los unos tras de los otros,
sin conseguir una vez
alcanzarnos, sin pararnos,
sin llegarnos á entender?
¡Número tres maldecido!
¡Infame número tres!
Tú eres el vil seductor
que engaña á la esposa fiel;
tú el amigo que nos robas
la amada de la niñez;
y si á veces un extraño,
tú eres la hermana tambien

y el traidor de la familia
y del hogar el Luzbel.
Casi siempre entre dos almas
que se pueden entender,
estás tú, sombra maldita,
tú, desconocido ser,
para hacer que hoy nos desdeñen
ó nos olviden despues.
Sin tí no existieran celos,
ni de dudas el tropel,
ni adulterios, ni divorcios,
ni sangre más de una vez!...
Señor, haz que nos queramos
dos á dos, sin pretender
la desposada del prójimo,
sin sustos á nuestra vez,
que la vida está en un tris
con ese número tres!

ESCENA II.

CÁRLOS, ISABEL, por la derecha.

ISABEL. Cárlos, ¿sabes lo que pasa?
CARLOS. No, hija mia, no lo sé.
ISABEL. Mi hermana, no sé por qué,
quiere dejar esta casa.
CARLOS. Ya te lo he dicho, á su tia
quiere visitar.
ISABEL. Bien, sí.
Pero ¿por qué llora, dí?
CARLOS. Llora? (Pobre prima mia!
Tan mala está como yo.)
ISABEL. Tú tambien estás turbado.
CARLOS. Yo no. (Si estando á su lado
soy hombre al agua.) Yo no.
ISABEL. No puedes disimular.
Tú sabes... (Aproximándose.)
CARLOS. No me sofoques.
ISABEL. Explícame... (Cogiéndole el brazo.)
CARLOS. No me toques!
ISABEL. Pues habla.

CARLOS. No puedo hablar.
ISABEL. ¿Á qué viene el llanto aquel?
CARLOS. (¡Cuánto se acerca, señor!)
ISABEL. ¿No acabarás?
CARLOS. (¡Qué calor!)
(Cárlos saca el pañuelo para darse aire y deja caer la carta: Isabel la coge rápidamente.)
ISABEL. Hola! Una carta... un papel...
CARLOS. ¿Cuál?
ISABEL. Á tí se te cayó.
CARLOS. (Asustado.) (Ay! Dios mio!) No la leas.
ISABEL. ¿Será posible que creas
que soy tan curiosa?
CARLOS. No.
(La carta! Dios soberano!)
ISABEL. ¿De alguna dama?
CARLOS. (Yo muero!)
ISABEL. Yo no soy curiosa, pero
ya que la tengo en la mano...
CARLOS. Dame... ¡Qué indiscreta eres!
(Ay! Dios mio de mi vida!)
ISABEL. Ver á quién va dirigida
nada más.
CARLOS. Oh! qué mujeres!
ISABEL. ¿Puedo ver?
CARLOS. Serás pesada...
(¡Se descubrió mi atropello!)
ISABEL. La firma... No hay mal en ello. (Mira y lee.)
«Á mi amiga idolatrada.»
Tuya tal vez?
CARLOS. (Queriendo cogerla.) Mia, sí.
ISABEL. «Evaristo.» (Lee.)
CARLOS. (Bueno va!)
ISABEL. ¿Cómo en tu poder está?
CARLOS. Pues... no lo sé. (Aturdido.)
ISABEL. ¿Cómo? Dí.
CARLOS. No sé. (¡Momento cruel!)
ISABEL. ¿Evaristo te la ha dado
y has sido tú el encargado?...
CARLOS. (Vivamente.)
Hija, no. Vaya un papel!
ISABEL. De mí la verdad en vano

ocultas. Ya he comprendido.
Cárlos, es que la has cogido.

CARLOS. ¿Cómo?... Yo!... ¿Soy tan villano?
¡Que así me ofendas, mujer!

ISABEL. Como el asunto está oscuro...

CARLOS. Yo, jamás. (Vaya un apuro!)

ISABEL. Entónces... vamos á ver...

CARLOS. Nada... el caso es bien sencillo...
En la mesa la encontré,
y sin saber cómo fué
se me cayó en el bolsillo.
En fin, ya en tu mano está.
Para tí sus frases son.

ISABEL. (Me intercepta este bribon
la correspondencia ya!) (Lee para sí.)
Ah! qué frase tan galana!

CARLOS. Oh, mucho! (Es un mentecato.)
Vas á pasar un buen rato.

ISABEL. (Qué miro! Si es para Ana!
Desgraciada hermana mia,
por poco, ¡válgame Dios!
hacemos entre los dos
con ella una tropelía.)

CARLOS. (Que lea con frenesí
la epístola de ese tonto!)

ISABEL. (Yo pondré remedio pronto.)
(Fingiendo gran dolor.)
Ah, Cárlos, pobre de mí!

CARLOS. ¿Qué te pasa?

ISABEL. Qué he leido!
La carta es para mi hermana!

CARLOS. ¿Qué dices?

ISABEL. Es para Ana!
Para siempre le he perdido.

CARLOS. Mejor.

ISABEL. Le perdí, Dios santo!

CARLOS. Ten calma, serenidad.
La pérdida, á la verdad,
no es para afligirse tanto.

ISABEL. La muerte en el alma siento!

CARLOS. (Pobre! Cuánto padecer!)

ISABEL. Yo sé lo que debo hacer.

CARLOS. ¿Qué harás?
ISABEL. Correr á un convento.
CARLOS. (Inquieto.)
Cómo! (Si Dios no me auxilia
la pierdo!) No, desdichada.
Vivir por siempre encerrada!
¿Y el hogar, y la familia?
El aislamiento es un potro
y es un claustro el aislamiento.
De despecho en el momento
te debes casar con otro.
Con tu gracia y tu semblante,
más de cien...
ISABEL. Si á nadie quiero.
CARLOS. (Poniéndose delante de Isabel.)
Te casas con el primero
que se te ponga delante.
ISABEL. ¿Yo correr de ellos en pos?
Al suicidio apelaré.
CARLOS. Al suicidio! ¿Cómo? ¿Que?
¡Eso es ofender á Dios!
¿Y Dios, y la Providencia,
y la conciencia, querida?
¿Alguna vez en tu vida
no has tenido tú conciencia?
La senda sigues del mal
y estás perdida, mujer.
¿Ignoras qué es el deber?
¿No sabes qué es la moral?
ISABEL. En medio de mi dolor
y aunque tengo el pecho herido,
noto que te has convertido
en diablo predicador.
Mas ¿cómo? Á mi porvenir
así puedo renunciar?
Jamás! Yo debo luchar.
Su amor he de conseguir.
CARLOS. ¿Su amor? Nefanda pelea!
ISABEL. Yo lucharé hasta vencer.
CARLOS. Luchar tú! No puede ser.
Es tu hermana!
SABEL. (Paseándose agitada.) Que lo sea!

CARLOS. Calla! Te inspira esa lucha
el espíritu del mal:
¿Y el cariño fraternal?
Dios mio! Si no me escucha!
ISABEL. Déjame.
CARLOS. (Siguiéndola.) (Voy de ella en pos.
Me atravieso en su camino.
De fijo hace un desatino
si no lo remedia Dios.)

ESCENA III.

DICHOS, RAMON, por la derecha.

RAMON. Señorita... Vaya usted...
ISABEL. ¿Qué pasa?
RAMON. Saber quisiera
lo que sucede. Su hermana
me mandó hacer la maleta
ahora mismo, que ahora mismo
dice que se va á Inglaterra.
Ese es un número tres,
de fijo. ¡Maldito sea!
Pobre! Lo dijo llorando.
CARLOS. Oyes? (Bajo á Isabel.)
RAMON. Lloraba de veras,
que, aunque las mujeres fingen,
hay ocasiones como esta
en que amargamente lloran,
y no como en las comedias,
sino de verdad.
CARLOS. Sí, algunas,
pero pocas.
ISABEL. Dí que venga,
que venga en seguida.
CARLOS. (Bajo.) Bravo!
¡Sé generosa, sé buena!
Isabel, haz un esfuerzo.
Dios el sacrificio premia.
Te va á costar mucho.
ISABEL. Mucho!
RAMON. Corro á decirla que venga.

ISABEL. Véte pronto.
RAMON. Ya es inútil,
que aquí la pobre se acerca.

ESCENA IV.

DICHOS, ANA, por la derecha.

ANA. (Á Ramon, fingiendo serenidad.)
¿Has hecho ya mi equipaje?
¿Preparaste tu maleta?
RAMON. Aún no.
ISABEL. (Á Ana.) ¿Pero tú?
ANA. Me voy.
Lo he decidido. ¿Qué esperas? (Á Ramon.)
RAMON. Voy allá. (¡Maldito viaje!) (Sale por el fondo.)
ANA. Mi tia verme desea
y yo tambien...
CARLOS. (Bajo.) (Isabel,
vamos, debes detenerla;
ella le ama, me lo ha dicho.)
ISABEL. Es cierto; voy...
CARLOS. (¡Si es muy buena!)
ISABEL. (Bajo á Ana y rápidamente.)
(No te apures, ya hablaremos,
estás engañada.)
CARLOS. (Ea!
Ya acabó todo!) La hablaste? (Bajo á Isabel.)
La has dicho?... Sabe la nueva?
ISABEL. No puedo! (Bajo.)
CARLOS. (Qué horror! Dios mio!
El amor convierte en fieras
á las mujeres.) No es tuya (Bajo.)
esa carta, es para ella,
dásela pronto.
ISABEL. (Bajo.) No puedo!
CARLOS. ¡Violar la correspondencia,
es una infamia!
ISABEL. (Bajo.) Es verdad!
¿Y tú?...
CARLOS (Se me fué la lengua.)

Por Dios, Isabel!
ISABEL. (Bajo.) No cedo.
Estoy á todo resuelta.
Mira. (Rompe la carta.)
CARLOS. (La rompe en pedazos!)
ISABEL. (Bien lo merece por necia!)
CARLOS. (¡Qué situacion, qué momento,
qué horrible, qué horrible escena!)

ESCENA V.

DICHOS, EVARISTO.

Avanza Evaristo lentamente lleno de tristeza.

CARLOS. (Él! Todos juntos. Me parte
si calla. De varios modos
y por varias causas todos
aquí rabiamos aparte.)
ISABEL. (Qué lance! Ser la rival
de mi hermana sin querer.)
CARLOS. (Caras debemos tener
buenas para un funeral.)
EVAR. (Adelantándose.) Isabel, solo venía
á despedirme de tí.
ISABEL. ¿Te vas? (Á Evaristo.)
EVAR. Sí.
ISABEL. (Á Ana.) ¿Tú tambien?
ANA. Sí.
ISABEL. Cuánto viaje! Ave María!
Mas ¿tú cómo?... (Á Evaristo.)
EVAR. Á tierra extraña
voy con perdida ilusion.
No encontró mi corazon
eco ninguno en España.
Quité á mis ojos la venda,
viví amando desde niño;
mas no encontró mi cariño
un alma que me comprenda.
CARLOS. (Esto se pone muy feo!)
ISABEL. ¿Y tú? (Á Ana.)
ANA. Me lleva á viajar

de conocer, de variar
y de olvidar el deseo.
Aunque mi alma comprendió,
quizás con dolor profundo,
que hay ingratos en el mundo,
á ninguno acuso yo.
Tranquila quiero partir,
amiga, no acusadora.

CARLOS. (Bajo á Isabel.)
(Por Dios, Isabel. Ahora
tú debes intervenir.
Un esfuerzo!... Valor ten!...
Es tu hermana!...)

EVAR. (Dirigiéndose al fondo.) Adios.

ANA. (Dirigiéndose á la derecha.) Adios.

ISABEL. Eh! qué es esto? Alto los dos!

ANA. Isabel! (Deteniéndose.)

CARLOS. (Bajo á Isabel con entusiasmo.)
(Muy bien, muy bien!)

(Evaristo y Ana permanecen en los extremos de la escena, ocupando el centro Isabel y Cárlos.)

ISABEL. ¿Qué es esto? Qué pasa aquí?
¡Qué teneis, Dios poderoso!
Ahí tú triste, silencioso;
tú triste y llorosa ahí.
¡Qué graves, qué pensativos!
¿Por qué no os quereis mirar?

CARLOS. Se les ha olvidado hablar.

ISABEL. Es que tienen mil motivos.
Tal vez un odio profundo.
Se han declarado la guerra.
Esta se marcha á Inglaterra.
Ese se va al otro mundo.
Creen realizar una hazaña.
¿Qué piensas? Alábalos.

CARLOS. ¿Qué pienso yo? Que los dos
van á quedarse en España.

ISABEL. No, mi hermana en realidad
le execra.

CARLOS. ¿Sí?

ISABEL. Lo sé yo.

CARLOS. Pero éste la quiere.

ISABEL. No.
La aborrece!
EVAR. (Con dignidad.) No es verdad!
(Ana levanta vivamente la cabeza.)
De lo que yo siento el nombre
es amor, santo cariño!
Por ella reí de niño,
por ella suspiro de hombre,
el alma por ella muere...
No la odio, la adoro, sí.
Mas si no me quiere á mí...
ISABEL. ¿No te quiere?
EVAR. No me quiere!
ISABEL. Dice que no. Amor se llama
lo que ella siente tambien.
(Mirando á Cárlos y con pasion.)
¡Estos hombres nunca ven
dónde está la que los ama!
CARLOS. ¡Bravo! (Con mucho entusiasmo.)
EVAR. Yo entónces no sé
por qué permanece muda,
por qué calla, por qué duda.
Que me explique...
ISABEL. Yo lo haré.
CARLOS. (Bajo á Isabel.)
(Ángel eres! Está visto.
ISABEL. (Id.) Ay! apenas me sostengo!
CARLOS. Sigue; ten valor.
ISABEL. Le tengo!
CARLOS. Sigue.)
ISABEL. (Alto.) Escúchame, Evaristo.
Hace poco en mi opinion.
Si no lo tomas á mal,
su silencio es natural
y de llana explicacion.
De amor la víctima eres;
sufres tormentos atroces;
veinte años há la conoces
y hace veinte años la quieres.
Causa de tus alegrías
y de tus tormentos es.
Todas las noches la ves

y la ves todos los dias.
Yo de tu pasion no dudo;
tú vives desesperado;
mas si de noche callado,
estás de mañana mudo.
Si despues de tanto andar,
si despues de tanto ver,
tras veinte años de querer
y tras veinte de callar,
para pretender un sí,
aún tu arrojo necesita
que la dichosa hermanita
venga á suplicar por tí;
si tu valor tanto osó,
que estando de esperar harta,
hoy te declaras por carta,
que por tonta he roto yo;
es raro que un genio pronto
grite irritado: ¡ya es tarde!
por insulso, por cobarde,
por insípido y por tonto?

EVAR. Pero...

ISABEL. Tardaste en hablar
veinte años, pues sé paciente:
cuando pasen otros veinte
se te podrá contestar.
No he visto hombre más callado
ni más insulso en mi vida.

CARLOS. Si la tienes aburrida.

ISABEL. ¿Para qué Dios te habrá dado
en su supremo saber
el corazon?

CARLOS. Para amar.

ISABEL. Y la lengua?

CARLOS. Para hablar.

ISABEL. Y el oido?

CARLOS. Para ver.
Pues es claro.

ISABEL. ¿Á tal distancia
aún estais? Si no es pecado
querer. Hé aquí el resultado
de los juegos de la infancia.

(Los coge de la mano y los aproxima.)
Aún los guardo en la memoria.
¿No os acordais? El traidor
era ese. (Señalando á Cárlos.)

CARLOS. ¿Yo?

ISABEL. Sí señor.
Una boda era la historia.

CARLOS. ¿Yo el traidor?

ISABEL. Para tu oprobio.
Tú el personaje sombrío,
tú siempre enemigo mio.
(Á Ana y Evaristo.)
Tú eres la novia, tú el novio.

CARLOS. ¿Y tú? (Á Isabel.)

ISABEL. Nada.

CARLOS. Sí señor.
Tú fuiste, aunque no te cuadre,
la madre.

ISABEL. (Vivamente.) Es verdad, la madre,
mas no por ser la mayor.

CARLOS. No, si no te llamo vieja.

ISABEL. (Señalando á Cárlos.)
Ese vil, que era un veneno,
de cobarde envidia lleno
al ver tan linda pareja,
con astucia os separaba;
mas yo á salvaros corría
y ante el altar os unía,
y ese de rabia se ahorcaba.
Pues hoy se va á repetir
de veras. Voy á casarte.

CARLOS. Sólo que la última parte
la vamos á suprimir.
(Aún vacilan. Tengo un miedo!)
(Bajo á Jsabel.)
(Por Dios! Un esfuerzo más.)

ISABEL. Vamos, Ana, ¿cruel serás?
Ven, acércate.

ANA. No puedo.

EVAR. Ah! No ves?

ISABEL. (Bajo á Ana.) (Demente eres!
¿Qué es esto? Habla, explícate.

ANA. (Bajo) Isabel, todo lo sé.
ISABEL. Qué sabes?
ANA. (Id.) Que tú le quieres.)
ISABEL. (Por lo serio lo tomó
la pobre.) ¿Qué estás diciendo?
ANA. Tu sacrificio comprendo,
pero no le acepto yo.
ISABEL. Hija, delirios olvida.)
EVAR. Es inútil; nada espero.
ANA. (Bajo.) (Nunca!
ISABEL. (Id.) Si yo no le quiero
ni le he querido en mi vida.)
EVAR. Déjala, Isabel; repara
que es difícil se convenza.
ISABEL. Jura que la da vergüenza
decírtelo cara á cara.
CARLOS. Qué vergüenza! Quién diría?
EVAR. Pero ¿me quiere?
ISABEL. Te adora.
EVAR. (Corriendo á ella.)
Ah mujer encantadora!
ANA. Evaristo!
EVAR. Vida mia!
CARLOS. (Lleno de alegría.)
Bien: ya los hemos unido!
Yo estoy loco de placer.
(Bajo.) (Bravo! Sublime mujer!)
ISABEL. No estás poco conmovido.
CARLOS. (¡Qué lucha entre las hermanas!
Generosas á la par!)
(Bajo á Isabel.)
(Vete á tu cuarto á llorar.
ISABEL. Llorar? Si no tengo ganas.
CARLOS. (Abrazando á Evaristo.)
¡Vas á ser un gran esposo!
(Señor, yo he perdido el juicio.)
Isabel, ¡qué sacrificio (Bajo.)
el tuyo!
ISABEL. (Bajo.) (Calla, espantoso!)
ANA. ¿Serás muy dulce? (Á Evaristo.)
EVAR. Sí, ten
confianza.

ANA. En tí confio.
ISABEL. Vamos á hablar á mi tio.
(Cogiéndola por la cintura.)
CARLOS. Abrazadas! Bravo, bien!
(Salen por la derecha.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, EVARISTO, RAMON.

CARLOS. (No descanso hasta casarlos,
que aún se puede arrepentir.)
RAMON. (Entrando por el foro.)
Hecho el equipaje está.
¿Doña Anita?
CARLOS. No está aquí;
pero puedes deshacerle.
RAMON. ¿Cómo?
CARLOS. No se quiere ir.
RAMON. Me alegro. (Sale por el fondo.)
CARLOS. Conque ahora, chico,
¿te casarás pronto?
EVAR. Sí.
En cuanto pueda.
CARLOS. ¿Qué dices?
EVAR. Me acobarda el porvenir.
CARLOS. Pero hombre...
EVAR. Tan poco tengo.
CARLOS. ¿Cómo poco?
EVAR. Doce mil
reales; ya ves.
CARLOS. Qué demonio.
(Ya vacila el malandrin!)
Es mucha ambicion la tuya,
ya subirás... Doce mil
reales son cincuenta duros
al mes. ¿Hombre, para tí,
tu mujer y algun criado
y para algun chiquitin
y la casa?...
EVAR. Con descuento
y no estable y en Madrid,

¿qué dices?

CARLOS. (En realidad
no es gran cosa.) Pero, en fin,
tu profesion, tu carrera...

EVAR. No gano un maravedí.

CARLOS. No ganas?... (Dónde encontrar
pleitos para este infeliz?)

EVAR. Si fuese como tú rico.

CARLOS. Rico, Evaristo, lo fuí.

EVAR. ¿No has vuelto á heredar?

CARLOS. De un primo;
mas me disputan cien mil
sus dos millones. Tendré
por fuerza que transigir
ó pleitear, más ¿qué digo?
Pleitearé, pleitearé, sí,
pleitearemos. Yo te nombro
mi apoderado.

EVAR. ¿Qué oí?

CARLOS. Mi defensor, mi abogado,
mi procurador, y en fin,
la mitad si triunfas.

EVAR. Chico!

CARLOS. Y al año mil duros.

EVAR. Mil!

CARLOS. ¿Cuándo es la boda?

EVAR. (Vacilante.) Ella es rica.
Si yo pudiera reunir
un capital.

CARLOS. (Otra vez!
Me está poniendo febril!)
Quita allá; tú no la quieres.

EVAR. Qué dices? Con frenesí.

CARLOS. Hoy que tienes posicion
y un brillante porvenir,
¿aún dudas? Ah! ¿no la ves
desmejorarse y sufrir?
¿No ves cual de su mejilla
se ha borrado el carmasí?
¿No ves cómo palidecen
sus labios al proferir
tu nombre, y no has escuchado

una vibracion sutil
que de su pecho se escapa?

EVAR. Qué dices? No estoy en mí!
¿Tose por ventura?

CARLOS. (Con gravedad.) Un poco,
y la inquietud, el sufrir
viéndote mudo, la duda...
Ella está loca por tí.
Si no te casas, se muere.
El otoño va á venir!

EVAR. Basta, me caso.

CARLOS. Mañana?

EVAR. Muy pronto.

CARLOS. (Le convencí.)
Habla á mi tio; está dentro.

EVAR. Prometo hacerla feliz.

CARLOS. (Se va á casar, ¡qué valiente!)
Yo seré el padrino.

EVAR. ¿Sí?
Ah! qué alegría!

CARLOS. (¡Está loco!)

EVAR. Todo te lo debo á tí.

CARLOS. (Pues buena cosa me debes.)

EVAR. Adios.

CARLOS. (¡Y la va á pedir!)

EVAR. Ella mia... ¡mia!

CARLOS. Corre.
¿Mañana?

EVAR. Mañana, sí.
(Sale por la derecha.)

ESCENA VII.

CÁRLOS.

Va á hablarle; ya no hay remedio.
Y va contento... ¡infeliz!
Se casa... Dentro de poco
vendrá á pedirme un fusil.
El se casa y yo tambien.
¿Qué digo? ¿Yo tambien?... Sí.
Si ella quiere... Yo estoy loco!

¡Quién me lo dijera á mí!
Viviré rabiando, ¿y qué?
Señor, ¡si esto no es vivir!
Aquí llega más hermosa
que Mayo, Junio y Abril.
¡Qué favor si dice «no!»
¡Qué gusto si dice «sí!»

ESCENA VIII.

CÁRLOS, ISABEL, despues RAMON.

ISABEL. (Aquí está. Mucho mirar
y nada. Á un recurso extremo
es preciso apelar. Temo
que no se decida á hablar.)
(Isabel llama á un timbre.)
CARLOS. ¿Llamabas, prima?
ISABEL. Á Ramon
dar mis órdenes deseo.
CARLOS. (Vamos, tranquila la veo.
Se la pasó la emocion.)
(Entra Ramon por el fondo.)
ISABEL. Ramon, partiremos hoy.
Haz mi equipaje y el tuyo.
RAMON. Si de deshacer concluyo...
¿Pero ahora es usted?
ISABEL. Yo soy.
RAMON. (Bien sabe Dios que lo siento.)
¿Dónde vamos?
ISABEL. Con mi tia.
RAMON. (Si fuese hácia Andalucía
ménos mal.) Voy al momento. (Sale.)
CARLOS. ¿Te vas? Bien hecho. El dolor
necesita tiempo, ausencia.
(Muy léjos de su presencia
estará mucho mejor.)
Yo soy tu hermano, tu amigo.
¿Cuándo tomamos el tren?
ISABEL. Cómo! ¿Te marchas tambien?
CARLOS. Voy á Inglaterra contigo.
ISABEL. ¿Conmigo?

CARLOS. (Con ternura.) Sí. Mis consejos
te hacen falta, pobre amiga.
Ah! déjame que te siga,
aunque te siga de lejos.
Tu alma, que presa se ve
de amor entre las cadenas
quiere á álguien contar sus penas,
pues yo las escucharé.
Mordiendo tus labios rojos
ahuyentarás mi alegría.
Tú llorarás noche y dia...
¡yo te limpiaré los ojos!
Háblame de él veces cien...
Si no me importa. ¡Tú eres
tan desgraciada! ¿Le quieres?
Pues yo le quiero tambien.
De él te hablaré hecho un badea,
de él hablaremos los dos;
pero déjame, por Dios,
que te escuche, que te vea.
Deja que intente, Isabel,
calmar tu dolor acerbo.
Verás, yo seré tu siervo,
tu criado, tu lebrel.
Yo no te quiero; si en mí
no cabe amor, eso no;
yo no te quiero, mas yo
no puedo vivir sin tí!

ISABEL. (¡Por fin!) Qué es lo que escuché!
¿Tú sin mí?...

CARLOS. Pues claro está.

ISABEL. ¿Y tu excepticismo?

CARLOS. Bah.
¿Mi excepticismo? No sé.
Yo corrí leguas á miles,
he visto costumbres raras
y contemplé blancas caras
y seductores perfiles.
Mas en mis carreras locas
por los montes y los llanos,
no ví más que piés y manos,
ojos, narices y bocas.

Y sólo al llegar sediento
aquí de paz y de calma,
encontré un alma, y un alma
que rebosa sentimiento,
un alma de quien la suerte
infame me separó...
Yo no te quiero, eso no,
pero necesito verte.
Indiferente me has sido,
pero hablarte es mi alegría.
No te quiero, prima mia,
mas quiero ser tu marido!

ISABEL. Cómo! Qué dices? No sueño?
¿Mi marido quieres ser?
Pero ¿cómo he de acceder?

CARLOS. Es verdad: ¡otro es tu dueño!
Aun desdeñada le quieres.

ISABEL. Aunque ya no le quisiera,
que tenemos considera
muy diversos caractéres.

CARLOS. Qué importa? Si tú eres mala,
yo soy de fijo peor.
Amor es nivelador,
todas las almas iguala.
En el tiempo yo confío.
Á quêrerme llegarás.

ISABEL. Es que ademas... ademas...
hago versos.

CARLOS. (Asustado.) (Ay Dios mio!)
¿Versos tú? Quién los soporta!
No importa: serán discretos.

ISABEL. Ay Cárlos, si son sonetos.

CARLOS. Sonetos!

ISABEL. Sí.

CARLOS. No me importa.
Siendo tuyos valdrán tanto
que me gustarán quizás.

ISABEL. Es que ademas... ademas..

CARLOS. Ademas ¿qué?

ISABEL. Que yo canto.

CARLOS. ¡Tú cantas! (Consternado.)

ISABEL. ¿Vacilas?

CARLOS. No.
ISABEL. (El pobre pasa por todo.
Se ha enamorado de un modo
que no me merezco yo.)
Si es que...
CARLOS. (La cosa promete.)
¿Aún queda más, prima mia?
ISABEL. Si es que canto *La Lucía.*
CARLOS. (Rechazándola.) ¡La Lucía!... ¡Véte, véte!

ESCENA IX.

DICHOS, ANA, EVARISTO, D. MANUEL, por la derecha.

ANA. Pero hermana, tú partir?
ISABEL. Yo no lo puedo creer.
MANUEL. ¿Por qué no, vamos á ver?
CARLOS. Se empeña, dejadla ir.
MANUEL. ¿Pero tan léjos te vas
cuando está cercano el dia?...
La madre te creía
de la boda.
CARLOS. (Vivamente.) No, jamás!
Pobre! Ella madrina? No!
MANUEL. Pues, hombre, natural es.
ISABEL. Si vuelvo dentro de un mes.
Me voy á Inglaterra.
CARLOS. Y yo.
ISABEL. Viajar siempre me gustó.
CARLOS. Y á mí.
ISABEL. Si encuentro con quién
me caso allí.
CARLOS. Yo tambien.
ISABEL. Yo con un inglés.
CARLOS. Y yo.
ISABEL. (Riendo.) ¡Qué desatinos te escucho!
ANA. Siempre riendo, hermana mia.
ISABEL. (Con tristeza.) No fies en la alegría
de los que se rien mucho.
La sonrisa que os espanta
por su importuno asomar
es un grito de pesar

que ahogamos en la garganta.
La carcajada que enojos
causa, brutal, estridente,
es de lágrimas torrente
que se detiene en los ojos.
Rostros en llanto bañados
al mundo dan alegría...
¡Porque el mundo no se ria
se rien los desgraciados!

CARLOS. (Ah! cuánto sufre! De aquí
hay que echarla. ¡Qué cabeza,
qué corazon, qué belleza!...
¡Todo! Así me ha puesto á mí!)

ISABEL. Cárlos, llegó mi partida.
Me marcho sola, y lo siento.

CARLOS. (Vacilante.)
¡Sola por fin! (Oh! momento
triste de la despedida!)

ISABEL. Cárlos!

CARLOS. (Instante cruel!)

ISABEL. (Tendiéndole la mano.)
¡Adios para siempre!

CARLOS. (Deteniéndola.) No,
no te vayas. Oye... yo...
Por Dios!... Escucha, Isabel...
Mira mis ojos nublados,
es llanto, te lo aseguro.
Aquí ante todos, adjuro
de mis errores pasados.
Ten, pues, de mí compasion,
que humillado me estás viendo.
Mírame á tus piés pidiendo
matrimonio y bendicion.
Las naciones extranjeras
pueden pasarse sin tí.
Quédate conmigo aquí
y cántame lo que quieras!

ISABEL. Quedarme contigo?... No.
Tio... hermana...

CARLOS. (Soy perdido!)

ISABEL. (Señalando á Cárlos.)
Les presento á mi marido.

CARLOS. Su marido! Me pescó! (Dándola el brazo.)
No importa! Esta es la fortuna
que á mis ojos se presenta.
Despues de engañarme treinta...

ISABEL. Te engañó la treinta y una;
mas amor disculpa es,
ví que si no te perdía.

CARLOS. (Con gravedad.)
Ántes, pase, prima mia;
pero cuidado despues.
(Á Evaristo.)
Nuestra dicha está cercana,
mi compañero y mi amigo.

EVAR. ¿Al fin te casas?

ISABEL. Conmigo,
mañana por la mañana.

ESCENA X.

DICHOS, RAMON, por la derecha.

RAMON. (Hace un viaje de placer
quien sin gana á viajar va.)
Hecho el equipaje está.

CARLOS. Ya le puedes deshacer.

RAMON. Otra vez! Se ha puesto en moda
jugar con este pobrete.

CARLOS. Ahora prepara el banquete
para celebrar mi boda.

RAMON. Cómo! Usted? Ave María!
Usted? En cuanto se sepa!...
(Ay! si volviese la Pepa,
pienso que tambien caía.)

CARLOS. (Con ternura.)
Despues de tanto correr
hoy he comprendido ya,
que la dicha sólo está
al lado de una mujer.
Contigo, mujer querida,
gozará de paz el alma
y veré concluir en calma
la madeja de mi vida...

y si el cielo bueno es
y nos manda desde allí
un niño hermoso...

RAMON. Ese sí
será un buen NÚMERO TRES. (Cae el telon.)

FIN.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
:l doctor Escamilla	1	D. J. Moreno Liaño	Todo.
.a Castanyada	1	E. Vidal	»
.o diable son las donas	1	E. Vidal	»
Nubes de verano	1	Cárlos Trigo	»
Jn quadro ó la barca de San Pere	1	E. Vidal	»
.a pau de casa	2	E. Vidal	»
Nadie es profeta en su tierra	2	J. Moreno Liaño	»
:l número tres	3	Miguel Echegaray	»
'art de la bruixeria	3	E. Vidal	»
ZARZUELAS.			
Ascrt y aventura	1	E. Vidal	Libro.
)e Barcelona al Parnás	1	Idem	Libro.
)os Milions	1	Idem	Libro.
.as campanetas	1	Idem	Libro.
Jna jaula de locos	1	M. Fdez. Caballero	Música
'ot mes qui pinla	1	E. Vidal	Libro.
Jn pobre diable	1	Idem	Libro.
.a criada	2	Idem	Libro.
.a gran sastresa	2	Idem	L. y M.
.a manescala	2	Idem	Libro.
.a masovera	2	Idem	L. y M.
.o sommi daurat	2	Idem	Libro.
:l siglo que viene	3	M. Fdez. Caballero	Música
.a guardiola	3	E. Vidal	Libro.
uan de Urbina	3	L. Mariano de Larra	Libro.

Nota.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscripto, La pena capital, Bernardo el Calesero, El sorteo, La verdadera Carmañola, Los amigos de los pobres, Los aventureros* y *Romper cadenas.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.